

Las ruinas

Recuerdo que aquel invierno había sido muy crudo. Lo notamos a pesar de que nuestro pueblo, situado en plena meseta alta castellana, estaba acostumbrado al frío. Es verdad que los diez años anteriores no se habían caracterizado por la moderación: los más viejos del lugar repetían invierno tras invierno que ese era el peor que jamás habían conocido. Pero no me cabe duda de que fue aquel el más frío de todos. La nieve cubrió los campos durante siete meses. Los lobos abandonaron sus cubiles de la sierra de Gredos e invadieron nuestras tierras, acuciados por el hambre. Tres hombres, sorprendidos por una tormenta, no pudieron regresar a tiempo y murieron de frío. Y si no hubo que lamentar otras desgracias, fue porque toda la gente del pueblo, olvidando sus rencillas tradicionales, se ayudó mutuamente

a superar los malos tiempos. Por eso, nadie murió de hambre.

Yo tenía entonces nueve años. No era un chico muy fuerte, pero iba saliendo adelante. Y de vez en cuando me escapaba, causando la consternación en mi familia. A trescientos pasos del pueblo, por el lado del sur, comenzaba un bosque inmenso, que se extendía durante millas y millas, cubriendo montes y cañadas, hasta apenas dos días de distancia de la capital del reino, la legendaria Madrid hacia la que se dirigía entonces toda mi imaginación. Y en medio de este bosque, abandonadas desde hacía siglos, se ocultaban las ruinas de un castillo medieval.

Nadie en el pueblo se atrevía a acercarse a él. Desde tiempo inmemorial, esas ruinas estaban pobladas por los espíritus de los muertos, o quizá por algo peor. En las largas noches oscuras del invierno, las mujeres nos hablaban de seres misteriosos, seres sin nombre que vivían cientos de años y que atraían a los pocos viajeros que se atreviesen a pasar cerca de sus moradas, los hacían desaparecer para siempre o los devolvían al mundo de los vivos varios siglos después. Algunos de esos relatos

eran verdaderamente terroríficos, especialmente para un niño como yo, aunque también los hombres, que trataban de aparentar que no creían ni una palabra, los escuchaban boquiabiertos y jamás se habrían atrevido a pasar de noche por las ruinas del castillo. De día, si el motivo era muy importante (una oveja perdida, por ejemplo), se sabía de algunos, muy pocos, que habían tenido valor suficiente y que tenían buen cuidado de evitar que sus paisanos lo olvidaran.

Sin embargo, todas esas narraciones más o menos fantásticas no tuvieron sobre mí el efecto acostumbrado. Antes al contrario, solo sirvieron para incendiar mi imaginación, despertando en mí el deseo de ver a alguno de esos seres y de ser el héroe de una gran aventura. Por eso me escapaba en cuanto se me presentaba ocasión y recorría el bosque, buscando las temidas ruinas, pero hasta aquel invierno no conseguí hallarlas. Y cuando al fin lo logré, tuve, en efecto, una aventura, pero no la que durante tanto tiempo había soñado.

Ocurrió así: era cosa de mediodía cuando salí del pueblo, sin que nadie me viera, y me interné en

el bosque. Las ruinas del castillo, que había descubierto apenas dos o tres meses antes, estaban en la parte más espesa, a casi una hora de marcha difícil y agotadora. Sin embargo, esto no me preocupaba. Había tenido buen cuidado de proveerme de un mendrugo de pan y un poco de queso y no temía que el hambre me obligara a volver antes de llegar a mi objetivo. No tenía, por supuesto, la menor intención de hacer noche en el bosque, mucho menos en las proximidades de las ruinas, pero como aún faltaban casi cinco horas para el crepúsculo, juzgué que tendría tiempo más que suficiente para desandar el camino antes de oscurecido. En realidad, en el fondo de mi corazón, estaba seguro de que aquel día no sería distinto de los anteriores, en los que no había sucedido nada especial, y que tampoco entonces iba a encontrar las aventuras que buscaba.

Poco después de penetrar en el bosque me di cuenta de que ya no tenía tanto frío. Por un lado, el ejercicio aumentaba mi calor interno; por otro, los árboles me protegían de los vientos helados que recorrían las partes desnudas de la meseta. A pesar

de todo, mi aliento se congelaba al salir por las aberturas de mi nariz, convirtiéndose en una nube blanca, casi tangible. Durante un rato, jugueteé con ella, tratando de darle forma con las manos, aunque siempre se me escapaba. Después me cansé de esa diversión y seguí mi camino sin distraerme.

Mucho tiempo después, llegué a la parte del bosque que buscaba. Las primeras huellas de que allí había habido en otros tiempos habitantes humanos aparecieron ante mis ojos. Los restos de un camino otrora muy concurrido, ahora casi cegado por la maleza, abrían paso entre los pinos. Me detuve un instante, contemplándolo. Siempre que llegaba a este punto, mi decisión vacilaba ante la idea fugaz de lo que podía estar aguardándome al otro lado. Pero, como tantas veces antes de aquel día, hice caso omiso de los temores y seguí adelante.

El castillo se había alzado, varios siglos atrás, sobre un pequeño altozano que le proporcionaba una ligera protección natural. Hoy sus ruinas estaban esparcidas sobre un terreno mucho más amplio, pues la acción del tiempo y de los elemen-

tos había diseminado las piedras, arrancadas de sus sillares por la fuerza de las armas. Sin duda, cuando el castillo estaba habitado, el bosque se detenía a cien pasos de sus murallas, pero hoy los árboles y la maleza habían recuperado el terreno perdido e invadían incluso el patio de armas, testigo quizá de los orgullosos desfiles de las tropas de algún señor feudal, cuyo nombre se había perdido en el olvido.

Solo uno de los lienzos de la muralla, situado hacia poniente, permanecía en parte en posición vertical. En lo alto, recortándose claramente contra el azul, se veían dos o tres almenas, lo único que quedaba de las defensas del castillo. Ese era el punto hacia el que yo acostumbraba a dirigirme durante mis visitas. Para llegar a él me veía obligado a trepar por paredes semiderruidas, que amenazaban desprenderse en cualquier momento, pero la inconsciencia de mis pocos años ignoraba el peligro y afortunadamente nunca pasó nada.

Aquel día trepé hasta las almenas, dispuesto a jugar, como siempre, a caballeros andantes o a moros y cristianos. No lo recuerdo muy bien. En cualquier caso, estoy seguro de que en aquel momento

no había huella en mis pensamientos de seres misteriosos ni de cosa alguna situada fuera del alcance de la experiencia usual del hombre. No había nada que me preparase para lo que iba a ocurrir. Porque, apenas llegué a lo alto de la muralla, me volví hacia el interior del castillo y la vi.

Era una niña, más o menos de mi edad, que miraba hacia arriba, directamente a mis ojos, con un rostro angelical que me cautivó. Estaba de pie, en lo que había sido el patio de armas, en una inmovilidad tan perfecta que por un instante me pareció más una estatua que un ser humano. Pero una sola mirada a esos ojos clavados en mí bastó para convencerme de que se trataba de un ser viviente. Su pelo, negro como la noche, descendía hasta la mitad de su espalda. Y recuerdo que, más tarde, al recordar la escena, me sorprendió que ni siquiera una de sus hebras se moviera al impulso de la ligera brisa de invierno, que soplaba entonces en el bosque. Pero en aquel momento mi mente no tenía capacidad para otra cosa que para contemplarla. Es curioso, ni siquiera se me ocurrió decirle algo, pronunciar una sola sílaba. Aunque tal vez

no era necesario. De sus ojos a los míos parecía fluir una comunicación continua, mucho más íntima e intensa que lo que puede expresarse en palabras.

Hasta entonces, nunca me habían gustado las niñas. Buscaba siempre la compañía de los chicos y ni siquiera mis hermanas conseguían vencer el desprecio que me inspiraba su sexo. Pero esta era diferente. De alguna forma indefinible, lo sabía. Sin embargo, no hice movimiento alguno para acercarme a ella. Permanecía quieto, saboreando simplemente su presencia. Me parecía ser presa de un encantamiento y no quería arriesgarme a romperlo.

De pronto, un milano cruzó sobre mi cabeza, lanzando en pleno vuelo su triste grito de caza. Mis ojos buscaron involuntariamente al ave carnícora, separándose por un instante del rostro de la niña. Cuando volví a mirarla, había desaparecido.

No puedo explicar la desesperación que se apoderó de mí. Jugándome el cuello, descendí de las almenas apresuradamente hasta situarme en el lugar donde ella había estado y donde ya no que-

daba huella alguna de su presencia. Busqué frenético entre las ruinas del castillo, pero en vano: no pude hallarla. Recorrí a la carrera las partes más próximas del bosque, llamándola a gritos, aunque desconocía su nombre. Solo me detuve, horas más tarde, cuando, agotado, no tuve más remedio que dejarme caer a los pies de un pino. La niña había desaparecido, como una visión fugaz que tal vez jamás volvería a repetirse. Al menos, esta fue la obsesión que se apoderó de mi espíritu, mientras regresaba al pueblo, triste y desanimado.

Ignoro si mi ausencia había sido notada; ni siquiera recuerdo si me castigaron por mi escapada. Todas las cosas de la vida ordinaria habían terminado para mí. Solo podía pensar en la visión que había tenido, que se había grabado indeleblemente en mi consciencia. Porque estaba convencido de que lo que había visto no podía ser real. Sin duda uno de los seres misteriosos que al decir de los aldeanos poblaban las ruinas se me había aparecido con la forma de esa niña para embrujarme. No podía haber otra explicación. Ningún forastero había pasado recientemente por el pueblo. No

había otras viviendas en la parte del bosque próxima al lugar donde se había alzado el castillo. Además ¿qué podía estar haciendo ella en un lugar tan desolado, tan temido por todos? No. Aquello no tenía ningún sentido. Hasta yo, a pesar de mi corta edad, podía darme perfecta cuenta de ello.

Durante todo el resto de aquel invierno, volví una y otra vez a las ruinas del castillo, pero jamás pude encontrar rastro de ella. Llegué a pensar que mi visión no fue más que un engaño de mi imaginación, que en realidad no había visto nada. Pero la memoria de su rostro seguía siendo vívida y nunca pude aceptar plenamente esa idea. A pesar de todo, quería creer en su existencia.

Por fin llegó la primavera. Tuve que ayudar a mi padre en el trabajo del campo y se acabaron para mí el tiempo libre y las escapadas. Durante varios meses, apenas pude pensar en mi antigua obsesión. Y cuando de nuevo llegó el invierno, casi la había olvidado. Durante varios años volví a vivir como cualquier muchacho del pueblo. Y por fin me convencí a mí mismo de que todo había sido un sueño.